

SUMARIO

Los viajes de instrucción al extranjero, por el Capitán Subrió Escápula.—Port-Arthur, (continuación), por el capitán Barmin.—Blancos señaladores automáticos.—El servicio de la Sanidad Militar y el estado sanitario de los beligerantes, durante la última guerra, por C. D. P.—Acerca de la mejor posición de la artillería de tiro rápido, acorazada.

BIBLIOTECA

Pliego 43 de **Geografía Universal**, por D. Luis Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

Pliegos 6 de **El tiro colectivo**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.

Pliego 5 y 6 de **Geografía é Historia de Menorca**, por D. Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.

LOS VIAJES DE INSTRUCCIÓN AL EXTRANJERO

No pretendemos descubrir ninguna verdad desconocida, pero si recordar algo que se tiene muy olvidado, al afirmar que en la práctica, en la vida real, los principios, las ideas, son buenos ó son malos según la aplicación que de ellos se haga. La inconveniente ó equivocada aplicación de la idea más acertada conduce irremediabilmente al descrédito y abandono de esa idea. Lo cual quiere decir en mal romance que no basta andar á la caza de novedades para conseguir la transformación y mejora de lo existente, si á la par no se atiende de un modo especial á la preparación del medio para que arraiguen y se desarrollen tales novedades.

Estas y otras muchas reflexiones, de que hacemos gracia al benévolo lector, nos las sugieren los *viajes de instrucción al extranjero*, ó mejor dicho, la finalidad que al parecer se atribuye á los referidos viajes.

No creemos que nadie pueda poner en duda ni negar la utilidad de esos viajes, ni dejar de aplaudir el acierto del ilustre general que los inició y decretó; ¿pero responden ó pueden responder á la elevada finalidad que se pretende darles? Esto es lo que vamos á examinar en pocas palabras.

Los viajes de instrucción pueden obedecer á dos objetivos diferentes: 1.^o la instrucción de los oficiales que los llevan á cabo; 2.^o la implantación en nuestro ejército de cuanto digno de ser copiado ó imitado haya en los ejércitos extranjeros y sea compatible con nuestra idiosincrasia y nuestra organización social.

En el primer concepto, nada tenemos que objetar; el único reparo que podríamos poner á los viajes de instrucción es que no se extiendan á

mayor número de personas, pues el ideal sería que todo el ejército conociera de *visu* la organización y el funcionamiento íntimo é interno de los ejércitos extranjeros.

Se comprende, sin embargo, que una nación modesta y pobre como la nuestra no está en el caso de gastar sumas de relativa consideración sin otro objeto que el de aumentar la cultura particular de algunos, nunca muchos, oficiales. Es natural que procure que todos los gastos sean reproductivos, directa ó indirectamente, y que por consiguiente las enseñanzas recibidas por unos pocos se extiendan á la colectividad. Y aquí es donde entra la parte aguda de la cuestión.

La observación de un hecho ó de un suceso; el estudio de una comarca, cuanto más el de un ejército, no produce en todos las mismas sensaciones, porque las aficiones, gustos y manera de ser de cada individuo desvian en determinado sentido los resultados de la observación, hasta el punto de que rara vez haya unidad en la apreciación de los puntos principales observados ó estudiados.

Por otra parte, para que se forme claro concepto de una cosa, es menester que el observador pueda contrastarla continuamente con otras de su misma especie, que se le aparte de la obsesión que su continuada vista le produce, y que tenga el espíritu y la inteligencia especialmente cultivados para aquel objeto. De otro modo, se corre el peligro de que lo accesorio se anteponga á lo fundamental, y la belleza de los detalles obscurezca la composición del conjunto.

Apresurémonos á decir, antes de proseguir la argumentación, que la labor efectuada por los oficiales de nuestro ejército que hasta ahora han practicado en el extranjero nos parece, más que notable, sobresaliente; que son dignos de sincera admiración la laboriosidad y el talento que han demostrado; pero creemos, así mismo, que los excelentes resultados que han obtenido se han debido exclusiva ó casi exclusivamente á su propio esfuerzo, á su inagotable perseverancia y aplicación.

Pero cuanto mayor haya sido el celo de nuestros oficiales tanto más grande será el desengaño, porque conoceremos lo mejor, lo más perfecto del mecanismo de los ejércitos extranjeros, y al tratar de aplicarlo aquí fracasará necesariamente. El detalle de la organización, del servicio y de la práctica, no es más que la última ó extrema consecuencia del principio vital de todo el sistema, de suerte que el empezar el estudio por ese último detalle no puede conducir más que á la pérdida de la confianza en el organismo propio y á la desilusión.

Tomemos como ejemplo el ejército alemán. Estudiándolo en detalle, encontraríamos mil pormenores envidiables, algunos de los cuales parece que podrían ser aplicados entre nosotros. No obstante, hágase la prueba y se llegará á un completo fracaso. La razón es muy sencilla. El principio fundamental del ejército alemán es que el capitán *sabe* más que el

teniente, el comandante *sabe* más que el capitán, y así sucesivamente hasta llegar al feldmariscal; y al decir *sabe* nos referimos á los conocimientos militares en su aplicación real y práctica á la guerra; el militar que allí constituye una solución de continuidad en esa gradación del saber, es separado inmediatamente del servicio activo. En otro ejército cualquiera donde aquel principio no sea observado con tanta escrupulosidad, será imposible imitar los métodos y procedimientos alemanes; se podrá ordenar su implantación, pero resultarán unos exóticos, absurdos otros y algunos ridículos.

No es por lo externo ni por el detalle por donde hay que empezar á reformar, sino por lo más hondo. El estudio de lo que debe hacerse no compete á la iniciativa de oficiales particulares, entregados á sus propias fuerzas, ni tampoco puede conseguirse sin una preparación especial. Lo que interesa en primer término no es conocer lo bueno de los ejércitos extranjeros, sino lo malo del nuestro, para estudiar enseguida el medio de corregirlo y remediarlo; entonces es cuando aparece la necesidad de ir á buscar fuera lo que no se encuentra aquí.

El acopiar materiales mediante el estudio sucesivo de los ejércitos extranjeros, conducirá necesariamente á una gran confusión y ha de dar deplorables resultados el día que se quiera llevar al terreno de la práctica aquellos materiales; porque faltando el espíritu y la esencia que los animaban, ignorándose el fin particular á que obedecía cada uno, pierden todo su valor y eficacia.

Los viajes de instrucción al extranjero deben, pues, en lo sucesivo, inspirarse en un objetivo completo y determinado; y efectuarse, no como meros medios de información previa, sino como consecuencia y remate de un detenido estudio preliminar.

El Estado Mayor Central, que es el centro que ha de encauzar estas labores, debe comenzar por determinar, teniendo en cuenta las innovaciones que tenga en proyecto ó se proponga introducir, el punto concreto de organización, régimen, instrucción, servicio, etc., que debe ser estudiado en el extranjero. Convocará entonces á un concurso, ó los elegirá sin concurso, á todos los oficiales del ejército, y nombrará á los más aptos ó que mejores condiciones reúnan para el objeto; esos oficiales se reunirán en Madrid, y antes de emprender su viaje al extranjero, se prepararán, á las inmediatas órdenes del Estado Mayor Central, para el mejor desempeño de su comisión, dándoseles instrucciones precisas y categóricas, y facilitándoles todos los elementos de estudio que se pueda hallar, para que sepan exactamente lo que deben estudiar y cómo lo deben estudiar en el extranjero, y puedan abstraerse á los espejismos é impresión que produce todo lo nuevo. Y como quiera que se tratará de un objetivo determinado, bien definido, la investigación se hará á la vez en los diversos ejércitos, los mejor reputados, por comisiones dife-

rentes, presididas y dirigidas por un general ó jefe experimentado.

Estudiar hoy un ejército y mañana otro, el tratar de *descubrirlos* sucesivamente, es inútil é innecesario: para eso están los libros y las revistas profesionales. Y lo que no se encuentra en libros y revistas ha de buscarse con muchísimo tiento, inspirándose previamente en las necesidades propias, conociéndolas profundamente, y sabiendo de antemano la dirección exacta que ha de imprimirse á los esfuerzos individuales.

De no seguir este procedimiento ú otro parecido, y si se cree que realmente han de sufrir honda transformación nuestras instituciones militares—lo cual es muy discutible—no cabe más que el método japonés: no enviaron solo los nippones comisiones militares á Alemania, sino que pusieron su organización é instrucción militar en manos de los alemanes, y no contentos con esto, de nuevo reclamaron los servicios de los alemanes durante la última guerra ruso-japonesa. Pero ¿habrá nadie que crea de buena fe que este último método podría ser aplicado en España, ni, aunque lo fuera, que diera siquiera medianos resultados? Nos sobra teoría, y nuestra desgracia es que teorizamos en todo y sobre todo; teorizamos sobre el ejército, y no nos detenemos á pensar en el primero de sus elementos: el hombre, con sus cualidades peculiares del país que le vió nacer.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

—><—

PORT-ARTHUR

—

Trabajos ejecutados por el cuerpo de ingenieros en el sector defensivo comprendido entre la batería letra A y el fuerte número 3 (sector N), inclusive, en el año 1904.

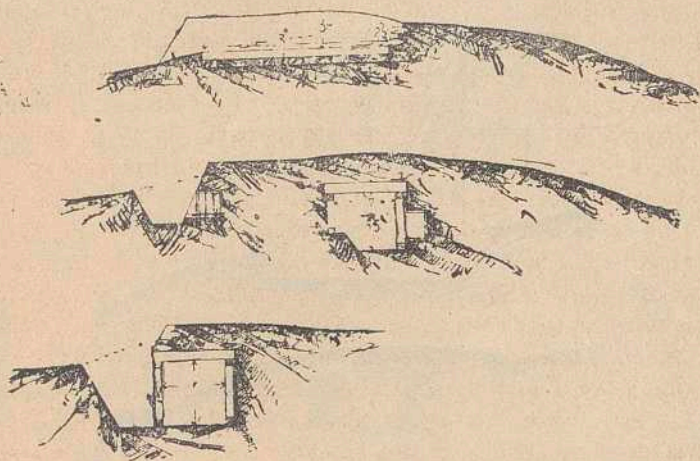
(Continuación)

El terreno era relativamente blando. El 1 (14) de Mayo, los marineros montaron los dos cañones, y entonces imprimiose más actividad á la terminación de las obras. Los trabajos de tierra quedaron suspendidos desde el 27 de Abril (10 de Mayo) al 1 (14) de Mayo, para no dificultar el montaje de las piezas.

La magistral estaba 75 centímetros sobre las explanadas. Entre los dos cañones se interpuso un través, cuyo principal objeto fué contener un abrigo blindado para los sirvientes.

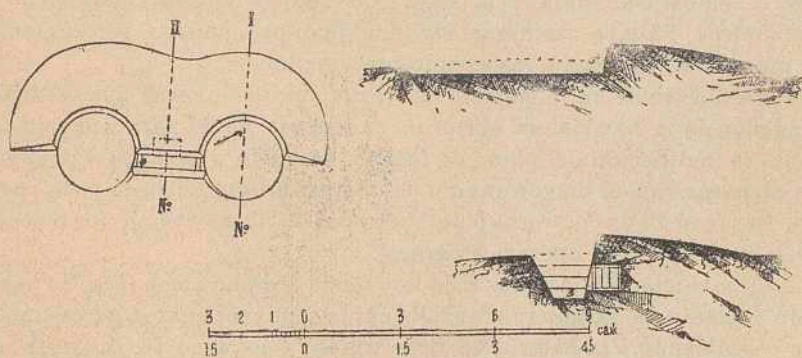
La batería se enlazó por un camino cubierto, de 32 metros de longitud, con un repuesto situado en la vertiente posterior de la montaña.

A mediados de Junio, los dos cañones de 15 centímetros fueron quitados de la batería y devueltos á los acorazados, siendo substituidos en



Figs. 13, 14 y 15

aquella por dos cañones Krupp de 15 centímetros en afustes bajos, con objeto de que la altura de rodillera fuera la misma que la de las pie-



Figs. 16, 17 y 18

Batería de cañones lijeros situada en un flanco de la batería anterior

zas Canet; los nuevos cañones tenían escudos para proteger á los sirvientes contra los shrapnels.

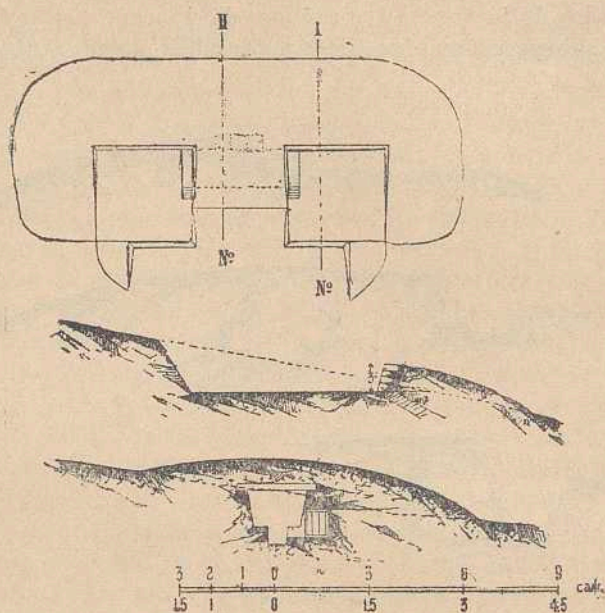


Fig. 19, 20 y 21

Batería para dos cañones de campaña, entre la batería letra B y la luneta Kuropatkin

6. *Batería letra B* (figura 22). Al declararse la guerra, la batería letra B estaba concluida y armada con cuatro cañones pesados de 15 centímetros. Faltaba terminar algunos detalles, como la colocación de las puertas acorazadas y los escudos en los nichos.

Para disminuir en lo posible el vasto ángulo muerto que resultaba alrededor de la batería, se abrieron cañoneras en el parapeto y se aumentó la inclinación del plano de fuegos, de modo que las piezas pudieran disparar con el mayor ángulo de depresión que permitían las cureñas. Desde el 22 de Febrero (6 de Marzo) al 7 (20) de Marzo, los trabajos corrieron á cargo de operarios chinos.

La guarnición de infantería de la batería era una compañía. Su puesto de combate fué la antigua muralla china, convenientemente reparada, que envolviendo á la batería se desarrollaba á lo largo de la cresta militar.

El único defecto de esta organización consistía en la poca distancia del atrincheramiento para infantería á la batería, lo cual hacía temer que durante el duelo de artillería cayesen proyectiles en aquél y causarían bajas inútiles á la guarnición. Para remediarlo, se resolvió construir otra trinchera más avanzada, en la falda de la montaña. Pero esta

nueva disposición adolecía de un doble defecto: aumentándose extraordinariamente la longitud de la trinchera, resultaba insuficiente una compañía para guarnecerla; y se dificultaba el enlace del flanco izquierdo de

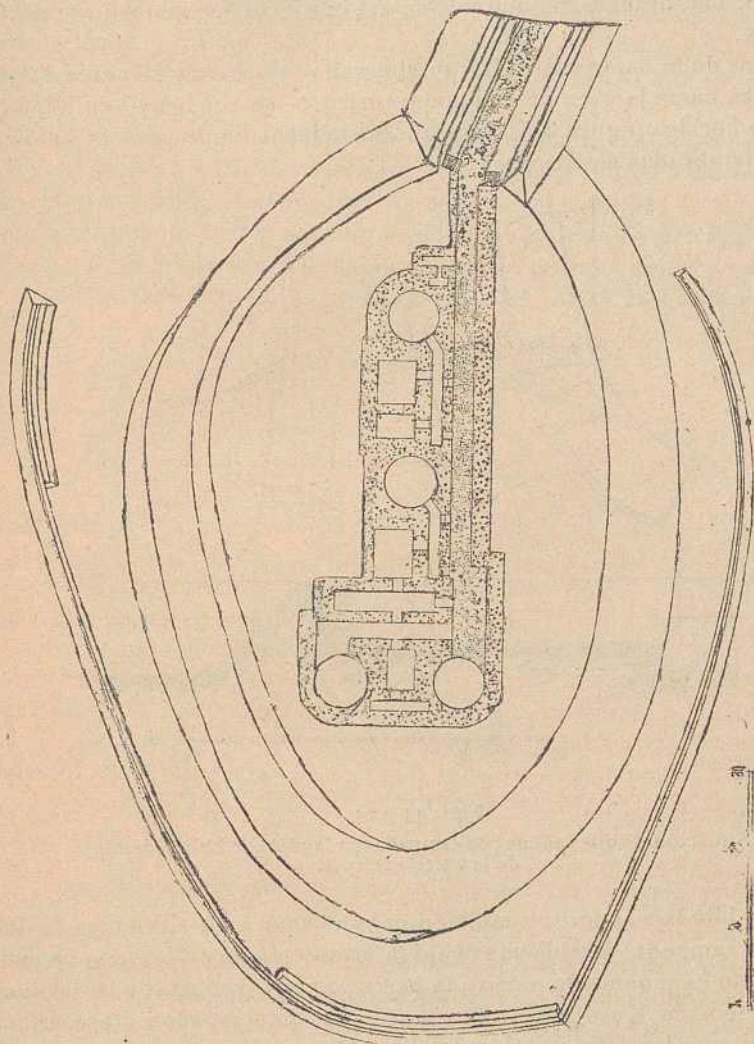
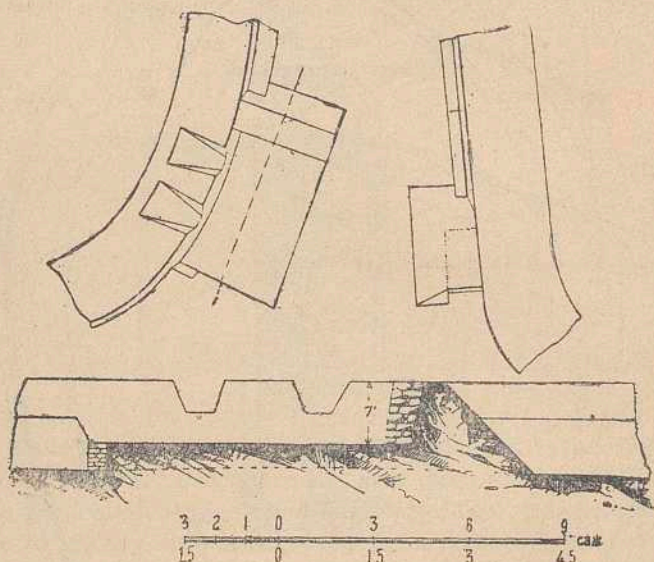


Fig. 22

la trinchera con la muralla china, la cual se alejaba por la izquierda de la batería B y no se prestaba, por consiguiente, á batir de enfilada la trinchera, con piezas de campaña. Primeramente se pensó en construir un camino cubierto entre la muralla china y el flanco derecho de la

trinchera, pero la experiencia de los combates demostró que esta solución era defectuosa. En Noviembre, bajo el fuego del enemigo derrotado, se abrió un camino cubierto que partía del flanco izquierdo. Ejecutaron la trinchera los soldados del 25° regimiento de tiradores de la Siberia Oriental, á las órdenes del activo comandante de la 4.ª compañía, capitán Kurdink.

Detrás de la batería letra B y en el arranque de la muralla china—que se alejaba hacia la obra provisional número 2—se construyó un blindaje para los heridos (figura 23), con un local independiente para el servicio de las alambradas eléctricas.



Figs. 23 y 24

Situación de dos cañones de campaña (en la muralla china) detrás de la batería letra B.

Dicho blindaje se utilizó también para abrigar á los sirvientes de dos piezas de campaña, establecidas bajo la protección de un través y haciendo fuego en cañoneras de modo que barrieran las avenidas de la derecha de la luneta de Kuropatkin. Estos cañones, mencionados más arriba, prestaron grandes servicios durante los asaltos del mes de Agosto contra la referida luneta (figuras 23 y 24).

7. *Obra de posición número 2* (figuras 25, 26 y 27).

Los trabajos en la obra de posición número 2 comenzaron al declararse la guerra y continuaron sin interrupción hasta el fin del sitio. Para explicar este hecho conviene advertir que primeramente se quiso dar á

esta obra el carácter de batería armada con cañones de campaña, que más tarde fueron éstos substituídos por morteros de campaña, y luego se volvió á cambiar el armamento: esto sucedía cuando en el parque aun había morteros y cañones disponibles.

Después de esto montáronse en la obra cañones de marina en afustes altos de plaza, y, finalmente, durante el primer bombardeo del frente terrestre, estableciéronse en la obra cañones de 75 milímetros en marcos fijos.

Como se comprende desde luego, esos continuos cambios en el artillado, obligaban á modificar la altura del parapeto y otros detalles de la obra, para que pudiera efectuarse sin estorbos el retroceso de las piezas, y por consiguiente los trabajos no terminaban nunca. La primera vez se dispuso que se preparase convenientemente la muralla china y se abrieran en élla nichos para las cargas y proyectiles. El 16 de Febrero (1 de

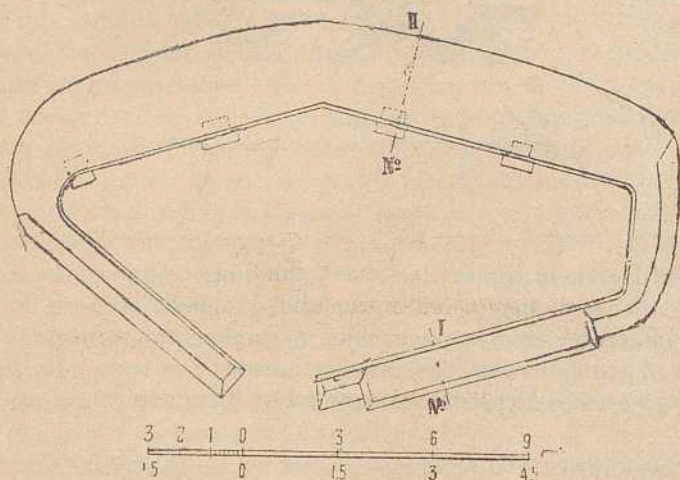
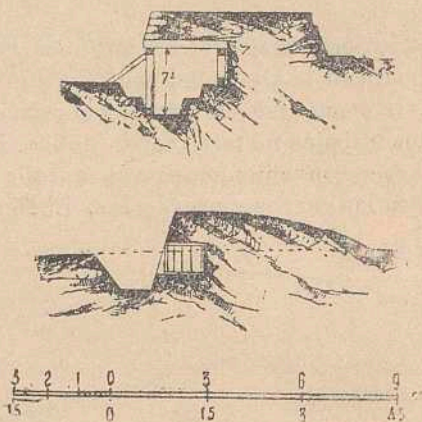


Fig. 25

Plano de la obra de posición número 2, el 16 Febrero (1 Marzo), 1904

Marzo) quedaron terminados estos trabajos. La artillería fué distribuída en la obra y en la muralla china, á la derecha de la batería letra A. Para alojamiento de los oficiales y artilleros se construyeron dos barracas de madera en el revés de la montaña; y para abrigar á la guarnición de infantería y artillería en caso de asalto inminente se dispusieron grandes blindajes á retaguardia del parapeto de la obra, porque en el interior de ésta, reservado totalmente á las explanadas, no había lugar suficiente para aquellos blindajes. En éstos se dejó un local para el servicio de las alambradas eléctricas. La construcción de los blindajes dio principio el

21 de Abril (4 de Mayo) y terminó el 18 (31) de Mayo. Se invirtió tanto tiempo en esta labor, porque para cubrirlos hubo necesidad de transportar la tierra en asnos, en escaso número á la sazón, porque los chinos, desde la caída de la posición de Tsin-Tchou, trabajaban con marcada repugnancia. En la obra se instaló un proyector, y para la dinamo se alzó una barraca en el talud posterior de la montaña.



Figs. 26 y 27

El 4 (17) de Mayo empezó la excavación de la caja para las explanadas de 2 cañones de marina en marco alto de plaza, pero el 12 (25) de Mayo se interrumpieron estos trabajos, y comenzaron otros de modificación, con objeto de montar dos cañones navales de tiro rápido, de 75 milímetros, en afustes de ruedas, porque no se disponía ya de afustes de plaza.

(Continuará)

CAPITÁN BARMIN

(Traducido del *Inshenernyi Shurnal* por J. A., comandante de Ingenieros)

BLANCOS SEÑALADORES AUTOMÁTICOS

La cuestión del tiro de la infantería es indudablemente una de las más importantes, por ser de influencia decisiva en el combate. Es menester tirar bien, y, al mismo tiempo, tirar deprisa, no para consumir más municiones, sino para disparar un número determinado de cartuchos en el menor tiempo posible, con lo cual se reduce la exposición del tirador y se aprovechan mejor las circunstancias favorables.

Uno de los factores que contribuyen á desarrollar la destreza del tiro es la emulación, así como la vanidad ó amor propio del soldado; lo

cual induce á perfeccionar en lo que quepa el método de observación y el servicio de marcadores, para que no se omita ó señale mal ningún buen disparo; pero, de todos modos, los procedimientos ordinarios son lentos y no permiten el aprendizaje de velocidad.

El Capitán de infantería belga Mr. Bremer, agregado al Estado Mayor, inventó hace algunos años un blanco señalador automático (1), cuyas ventajas y cualidades ha sancionado la experiencia, por lo que parece llamado á un espléndido porvenir, no solo en Bélgica, donde ha sido instalado en muchos campos de tiro, sino en el extranjero.

El blanco-marcador Bremer se funda en un principio sencillísimo, y posee la inapreciable ventaja de que, gracias á una ingeniosa comunicación eléctrica, todo impacto en el blanco es señalado instantáneamente en otro blanco más reducido que hay junto al tirador.

Los blancos-marcadores de este tipo constituyen un notable auxiliar para la instrucción y práctica del tiro. El tirador puede corregir su tiro después de cada disparo, puesto que observa por sí mismo el punto preciso donde ha chocado su bala. Siendo innecesarios los marcadores, y por consiguiente no permaneciendo nadie en la línea de los blancos, se evita todo accidente desgraciado, y, además se descartan los errores cometidos por los marcadores, las vacilaciones en caso de que el tiro sea dudoso, y las dudas que surjan cuando el blanco está muy distante y no se ve bien la señal desde la línea de fuego. Por otra parte, se descarta la contingencia de que deje de ser señalado algún impacto, pues es harto sabido que rara vez coinciden los tiros señalados con el número de impactos que después del tiro se cuentan en el blanco.

Los procedimientos ordinarios no permiten acelerar inconsideradamente el tiro, cosa que no acontece con los blancos electro automáticos, por lo cual estos son un medio único para ejercitar á los tiradores en el fuego rápido sin perjuicio de la precisión.

Otra ventaja digna de ser tenida en cuenta es que cuando hay varios blancos individuales, se apunte á un tirador un impacto que en realidad corresponda á otro, cosa tanto más sensible si se considera que son disparos notoriamente incorrectos los que dan lugar á tales confusiones. Para que ellas tuvieran lugar empleándose blancos señaladores automáticos, sería menester que dos ó más balas fuesen disparadas por otros tantos tiradores matemáticamente en un mismo momento. Estos últimos blancos son también utilísimos en el tiro de agrupación.

Desde el punto de vista económico, los blancos electro-automáticos evitan la construcción de galerías y zanjas para los marcadores, reducen la separación mutua á que deben instalarse los blancos, y como puede

(1) Cible à Avertissement automatique-Bruxelles, 1905.—16 páginas (23 por 16) y 5 láminas, con varias notas sueltas.

aumentarse mucho la velocidad de tiro, facilita la reducción de la superficie del polígono, aunque la guarnición sea muy numerosa.

Las principales ventajas, sin embargo, son las de que el tirador puede corregir por sí mismo el tiro, sin más que volver la vista al señalador que tiene junto á él, y prestarse á la instrucción y ejercicio del tiro rápido, efectuado gradualmente.

Por todos estos motivos, sería de desear que en todos los polígonos de tiro se instalasen blancos señaladores electro-automáticos, puesto que en materia tan importante la exagerada economía en la instalación inicial puede conducir á desastrosos efectos en la guerra.



EL SERVICIO DE LA SANIDAD MILITAR Y EL ESTADO SANITARIO DE LOS BELIGERANTES, DURANTE LA ÚLTIMA GUERRA

El servicio de sanidad militar en el Japón es uno de los más perfectos en su clase que se conocen. Dotado con verdadera prodigalidad, contribuyó poderosamente á que fuera satisfactorio el estado sanitario de las tropas durante la última guerra, y á que no se desarrollasen las espantosas epidemias que tantos estragos suelen causar cuando las campañas son largas y tienen lugar en países de rigoroso clima. Únicamente el berri-beri azotó al ejército japonés, en particular al que sitiaba á Port-Arthur, pero esa dolencia, aunque produjo una considerable enfermería, fué relativamente benigna.

Dirige el servicio de sanidad un director general, agregado al gran cuartel general, funcionando en cada ejército un médico inspector, que tiene á sus órdenes un médico y dos enfermeros mayores. En cada división hay un médico principal, que dispone de otro médico, un farmacéutico y dos enfermeros mayores. Lo mismo acontece en cada inspección de etapas de ejército, y en la inspección general de ferrocarriles y etapas.

El regimiento de infantería dispone de 1 médico por batallón, 3 enfermeros mayores, 12 enfermeros y 48 camilleros. El regimiento de caballería tiene 2 médicos y 2 enfermeros; el de artillería, 3 médicos y 3 enfermeros; el batallón de ingenieros, 2 médicos y 3 enfermeros; el batallón de tren, 3 médicos y 3 enfermeros. Cada batallón posee un mulo que lleva á lomo el botiquín y los efectos de cirugía de urgencia; además, hay 12 camillas en cada regimiento de infantería.

En cada división figura una compañía de sanidad, dividida en dos secciones de camilleros y una de ambulancia, la cual comprende 1 jefe, 8 médicos, 1 farmacéutico y 3 ayudantes, 1 oficial de administración y 1 secretario, 26 enfermeros, un destacamento del tren y 36 acémilas, ó sea 11 oficiales, todos montados, 93 hombres y 49 caballos. La sección de ca-

milleros se divide á su vez en dos pelotones á tres escuadras. Resulta para efectivo de una compañía de sanidad 13 oficiales, 413 hombres y 51 caballos; además 100 camillas; todo el material se transporta á lomo.

Figuran también en cada división seis hospitales de campaña, tres movilizados y tres en los convoyes, cada hospital puede recibir 200 enfermos, y se divide en dos secciones. Comprende 6 médicos, 1 farmacéutico, 1 oficial de administración, 108 hombres y 38 acémilas. El personal de evacuación afecto á cada división, consta de 2 médicos, 1 oficial del tren, 4 sargentos y varios soldados. Finalmente, la división dispone de una reserva de personal de sanidad—7 médicos, 1 farmacéutico, 1 oficial de administración y 66 hombres,—y una reserva de material—á las órdenes de 1 oficial del tren, 1 farmacéutico y 15 hombres.

La organización comprende además un hospital central de etapas, con varias sucursales, y un número variable de hospitales de etapas y un depósito central de material sanitario. En segunda línea, se organizan los hospitales de reserva, y los hospitales auxiliares á cargo de la Cruz Roja.

Como se ve, para la enfermería ordinaria la unidad normal es el regimiento ó batallón; mientras que para una acción de guerra la unidad es la división, lo cual permite atender mejor, más rápidamente y con menos elementos en personal y material, á los heridos. Raro será el caso de que dentro de la división todos los cuerpos se empeñen con el mismo vigor y al mismo tiempo en un combate; lo general es que intervengan sucesivamente, y, más aún, que algún cuerpo quede en reserva y sufra pocas bajas; concentrados todos ó casi todos los elementos de evacuación y de asistencia en la inspección de sanidad de cada división, esas tareas pueden desenvolverse con más orden y rapidez.

Pero se engañaría quien creyera que los cuidados médicos propiamente dichos bastan para asegurar la conservación de la salud del ejército. Intervienen también, acaso en primera línea, la higiene general, muchos de cuyos aspectos están fuera de la acción del facultativo, el régimen alimenticio de las tropas, sus costumbres, etc. Durante la primera parte de la guerra, la organización de sanidad militar en el ejército ruso dejaba mucho que desear y no podía compararse siquiera con la japonesa; no obstante, la enfermería en el ejército ruso fué inferior á la del ejército japonés, según demuestran los siguientes datos estadísticos:

EJÉRCITO RUSO

Muertos en el campo de batalla y de resultas de las heridas recibidas:
29.710 hombres.

Heridos: 141.915 hombres.

Asistidos en los hospitales: 333.411 ó 224.25 por 1.000 del efectivo total.

Muertos de enfermedad: 7.960 ó 2.38 por 1.000.

Casos de enfermedades epidémicas: 34.205 ó 25.05 por 1.000.
Inválidos: 20.03 por 1.000 heridos.

EJÉRCITO JAPONÉS

Muertos en el campo de batalla y de resultas de las heridas recibidas:
58.812 hombres.

Heridos: 162.000 hombres.

Asistidos en los hospitales: 334.073 ó 220.51 por 1.000 del efectivo total.

Muertos de enfermedad: 21.802 ó 6.52 por 1.000.

Casos de enfermedades epidémicas: 86.213 (1) ó 53.37 por 1.000.

Inválidos: 21.53 por 1.000.

Las cifras anteriores destruyen una de las muchas leyendas que corrieron como ciertas durante la última guerra, y prueban de un modo fehaciente que el estado sanitario del ejército ruso fué, en todos conceptos, mucho mejor que el del ejército japonés.

Entre las causas que más contribuyeron á que se mantuviera en buenas condiciones el estado sanitario del ejército ruso, figuran en primer término, á juicio de los periódicos militares de aquel imperio, juicio confirmado por varios agregados militares: la sobriedad de la alimentación sin perjuicio de la nutrición: constituíala como base el pan, y luego las legumbres, entrando como accesorios la carne y el tocino; el copiosísimo uso que se hizo del té caliente, casi como bebida ordinaria; la proscripción de toda clase de bebidas alcohólicas; y los excelentes resultados que dieron las cocinas de campaña, gracias á las cuales todas las tropas, aún las más avanzadas, tomaban los ranchos calientes y en perfecto estado de preparación; tales cocinas son uno de los elementos de que más se han enorgullecido los rusos después de la guerra.

En el ejército japonés la alimentación no fué tan buena, pero lo que principalmente barrenó la salud de las tropas fué la falta de higiene en los acantonamientos: los restos y desperdicios de las reses muertas se abandonaban á menudo en el lugar donde eran sacrificadas, y montones de residuos yacían en los sitios donde se confeccionaban los ranchos; en muchos casos, se albergaban centenares de individuos en insignificantes aldeas, cuyos miseros edificios no eran antes desinfectados ni siquiera puestos en regular estado de limpieza; finalmente, atentos los japoneses á cuidar sus heridos y quemar sus muertos antes que de prestar auxilio á los heridos y enterrar los muertos rusos, se dió el caso, después de las grandes batallas, de que entraran en descomposición los cadáveres rusos, inficionando el aire y el agua; en algunas ocasiones, fué tan ligera la capa de tierras que se echó sobre los muertos, que las primeras lluvias los dejaron al descubierto, con las consecuencias que son de suponer. No puede por ello argüirse de inhumanos á los japoneses, puesto

(1) Los dos tercios de este número corresponden al beri-beri.

que otras atenciones más imperiosas, de orden exclusivamente militar, les absorbían.

Pero esto mismo hace más honor al cuerpo de sanidad militar del Japón, sin cuyo celo y eficaces servicios seguramente se hubiera desarrollado más de una mortífera epidemia.

C. D. P.

ACERCA DE LA MEJOR POSICIÓN DE LA ARTILLERÍA DE TIRO RÁPIDO, ACORAZADA (1)

Nosotros, los infantes ¿qué podemos esperar de nuestra artillería? Nosotros esperamos que no nos deje exponer solos á los ataques de la infantería y caballería enemigas; ó de la artillería é infantería, ó de la artillería y caballería.

La infantería no puede siquiera pensar en atacar por sí sola á la artillería enemiga en posición con algunas probabilidades de éxito, aunque esa artillería no esté protegida por infantería ó caballería, porque se demostró plenamente en 1870 que una línea de artillería es invulnerable en su frente. Napoleón dijo hace ya muchos años: «No existe infantería, por brava que sea, que sin el auxilio de artillería pueda marchar 1.000 ó 1.200 pasos contra cañones bien servidos; antes de que haya recorrido los dos tercios de esa distancia, los atacantes serán muertos, heridos ó puestos en dispersión.

Pero la infantería puede y debe atacar cualquier objetivo siempre que sea apoyada por las demás armas del ejército. Si durante el ataque se ve de pronto paralizado el avance por fuerzas enemigas, cuya resistencia no pueda ser vencida, corresponde á nuestra artillería prestarnos el auxilio necesario para la continuación del ataque.

Siempre que la artillería vea que la infantería es rechazada ó retroceda á consecuencia de un contra-ataque ó de la superior energía del enemigo, esperamos que, sin necesidad de previa invitación, rompa el fuego sobre las tropas enemigas y lo sostenga hasta que podamos rehacerlos y continuar el avance, ó mantenernos en el terreno conquistado para luego proseguir el ataque,

En la batalla, los infantes nos sentimos henchidos de confianza si sabemos que los jefes de la artillería y de la caballería y el comandante en jefe, tienen la vista fija en nuestros esfuerzos, porque sentimos instintivamente que, mientras atacamos, aquellos están acechando todas las oportunidades que puedan presentarse en nuestro favor. Pero si aquellos se ocultan, rara vez se presentan esas oportunidades.

(1) El presente artículo, inspirado en un sentido eminentemente práctico, demuestra los errores á que puede conducir el fundar la táctica de un arma cualquiera exclusivamente en las necesidades y objetivos de la misma arma; las tácticas de las tres armas no han de ser más que las ramas de un mismo tronco, y deben formar un conjunto harmónico. (Nota de la R.).

¿Es posible aprovecharlas; pueden seguirse los esfuerzos de la infantería, si la artillería, que tan importante papel juega en las batallas, no puede ver ni seguir con sus ojos la marcha del ataque? ¿Cómo puede alcanzarse ese objetivo si prevalece la idea del fuego indirecto?

Este es un problema que los artilleros resolverán; todo lo que yo puedo decir es que necesitamos que los artilleros estén con nosotros en la lucha, á nuestro lado, hablando en lenguaje figurado.

No ha de alarmar el que algunas baterías se valgan del fuego indirecto, porque á no ser que el enemigo haya descubierto su posición, esas baterías, estando ocultas, pueden sea retiradas cuando convenga y trasladadas ó concentradas en otra parte del campo de batalla, de modo que el comandante aplique la máxima de Napoleón, cuando este dijo que, el general que supiera concentrar de pronto en un punto el fuego de gran número de cañones, estaba seguro de vencer. En los tiempos de Napoleón se encomendaba este papel á la reserva de artillería, pero ahora puede ser asumido por las baterías disponibles, aunque estén haciendo fuego indirecto, con tal que no las haya descubierto el enemigo.

Mas, si se lleva al último límite la doctrina del fuego indirecto, caeremos en el error de los franceses en 1870 con la doctrina de su nuevo fusil. Los franceses, cuyo fusil era muy superior al alemán, adoptaron el funesto principio de prevalerse del fusil para sostenerse en las posiciones. Sus generales no cesaban de decir que sus tropas se habian mantenido, sin muchas pérdidas, en las magnificas posiciones que ocupaban. Los alemanes tenian un fusil mucho peor, pero estaban imbuidos en la fé napoleónica del ataque y la ofensiva, y vencieron. La infantería alemana hubo de avanzar al descubierto, y buscó en el orden cerrado el modo de equilibrar la balanza; la artillería la apoyó perfectamente y triunfó.

Por consiguiente, si nuestra artillería no puede seguir con sus ojos á la infantería, ni apoyarla con su fuego, no comprendo cómo podremos obrar concertadamente. Y si no obramos de concierto, ignoro cómo podremos vencer cuando luchemos con un enemigo bien instruido.

La verdad es que ni el cañón, ni el fusil, ni el sable, ganan las batallas, sino el hombre que sirve la pieza, el hombre que maneja el fusil y el hombre que esgrime el sable; es siempre el hombre quien gana las batallas.

Ni tampoco es la posición defendida con un arma excelente lo que merece la prioridad, sino el hombre que está en la posición.

La tendencia de cualquier arma á evitar pérdidas, conduce indefectiblemente á la derrota si se lleva demasiado lejos; y entiendo que el empleo del fuego indirecto, si se exajera, conducirá solamente al mismo resultado.

P. A. CHARRIER

Capitán de los R. fusileros de Munster.

(Del *Journal of the R. United Service Institution*).